



ENRIQUE MURILLO

¿La oscura trastienda de la edición?

Tras vivir intensamente el mundo de la edición en primera línea de fuego, Enrique Murillo ha escrito unas memorias que se auguraban espinosas. “Personaje secundario” (Trama) lleva por subtítulo: “La oscura trastienda de la edición”, aunque en este viaje a cincuenta años en el mundo del libro, desmitificador del aura romantizada de los editores, también hay mucho amor al oficio.

Enrique Murillo es un editor que ha trabajado en el engranaje editorial de Anagrama, Alfaguara, Plaza & Janés y Planeta, y de todas ellas ha sido despedido o ha salido de manera abrupta (como en el caso de Anagrama, de donde explica que se marchó porque, después de años de participar en algunos de los lanzamientos más importantes de la casa, no le querían hacer un contrato). Después de su periplo por las grandes editoriales, en su última etapa profesional se convirtió en editor independiente con proyectos como Leqtor o Libros del Lince, donde tuvo que remar muy cuesta arriba y con el agua al cuello. Durante años, cuando lo encontrabas en algún evento, te explicaba que estaba escribiendo de manera lenta pero implacable sus memorias y, dada su aureola de *outsider*, uno esperaba un libro duro, tormentoso, descarnado. Hay zarpazos, especialmente a su archienemigo en Plaza & Janés, al que nombra con el pseudónimo de Ojos Verdes para evitar problemas legales, pero no son tantos y, por el contrario, ensalza el trabajo de muchos editores y autores con los que se ha cruzado. Hay algún momento de cuchillo afilado, pero lo que impregna estas memorias es la necesidad del autor de reclamar su lugar en

el mundo editorial y cierta melancolía porque ese tiempo haya pasado. Un libro empapado de amor hacia la profesión de editor, incluso con todos sus defectos y zancadillas.

¿Después de dedicar toda una vida a editar, te sientes satisfecho o insatisfecho?

Me muero de nostalgia y, por no andar llorando por las esquinas, sigo trabajando gratis para los autores que me envían manuscritos que me piden que lea, que les ayude a mejorar, que les lleve a editores para que los publiquen. Y estoy en deuda con ellos por encontrarme bien de salud pero, a mis 81 años, ando limitado de fuerzas. Editar es un oficio muy bello porque, para ejercerlo, debes realizar un ejercicio casi circense que consiste en trabajar con tu intuición al valorar manuscritos. Y con tu capacidad de entender si la inversión que supone imprimir libros, más la de a veces traducirlos, editarlos, etcétera, va a quedar muy por encima del dinero que le corresponde al editor de la venta de ejemplares.

Uno de los estribillos que más suena en el libro es el de la necesidad de no olvidar la importancia de cuadrar las cuentas de un libro. Nos dices en varias ocasiones: “El arte editorial no puede olvidar nunca que la edición también es un negocio”.

Estamos cerca del trabajo artístico, y estamos metidos en una industria que, incluso en el nivel más precario y desdinerado, obliga a entender de ventas, de costes, de

descubiertos bancarios. Y, todo eso, como les he dicho durante veinte años a mis alumnos de un máster que acabo de abandonar, sin ninguna clase de esquizofrenia. Y sin olvidar que negocio no equivale a codicia. Muy a menudo es solo codicia, pero no es la esencia de este raro y difícil negocio.

¿El secreto del éxito de un editor está en saber encontrar el punto de equilibrio entre arte y dineros?

El negocio editorial se sostiene desde siempre a base de publicar un libro o dos que den beneficios suficientes para pagar otros cuatro o seis libros que venden poquísimo, pero merecen ser publicados.

Un asunto espinoso del que poca gente de la profesión quiere hablar son las liquidaciones a los escritores, que han de creerse lo que el editor quiera decirles sobre las ventas y su escuálido 8 o 10 por ciento de *royalties*. “Una industria de caballeros que a la hora de pagar *royalties* convertía en pícaro al más pintado”. ¿Es el lado oscuro de la edición?

Como mínimo lo fue. Se quejaba Goethe de eso, de la desconfianza del autor acerca de la verdad de lo que le decía el impresor, luego reconvertido en editor. Eso es un pasado cierto, que confirman varios testigos, y que confirmo yo cuando descubro, al entrar como director editorial de la empresa que tenía Bertelsmann en España, unas carpetas con datos de ventas a manos, dos cifras de ventas por libro, una muy superior a la otra. Es probable que aquellos excesos hayan terminado. Pero queda una atmósfera de desconfianza que habría que hacer lo posible por borrar por completo. Es algo que hace siglo y medio que no ocurre en países un poco más civilizados.

Tú empezaste en la época de Barral como letraherido un poco subidito. Después de unos años y pasar por *Anagrama* y *El País*, al llegar a Plaza & Janés nos dices: “Tuve que protegerme con una armadura de cinismo, y reconvertir al talibán de los criterios editoriales literarios en un fiero cazador de *best sellers*, especialidad en la que llegué a destacar”. Visto con la perspectiva de los años: ¿quién tenía razón, el joven Enrique intransigente que se escandalizaba porque Barral publicaba una novela floja de un amigo o el ejecutivo Murillo relativista de los años 1990 que logró éxitos de ventas sonados?

Ninguno de los dos, y también los dos acertaban. Salvar a una empresa con pérdidas monstruosas donde el director general despidió a la mitad de los directivos por vagos o ladrones fue una situación angustiosa y no podías pararte a considerar ciertas cosas. Pero el mismo día en que contrataba un libro porque era comercialísimo (hablo

de cientos de miles de ejemplares), aunque a mí no me gustara o me produjera dolor de estómago, ese mismo día estaba leyendo en el Puente Aéreo (vivía así, de acá para allá) *Algún amor que no mate*, la bellísima primera novela de Dulce Chacón. Y unas semanas atrás, *Héroes* de Ray Loriga o *Dibujos animados* de Félix Romeo. Y también contraté, edité a veces en el sentido anglosajón del término, y publiqué y conseguí que vendieran, un poquito al menos, obras no comerciales y de mucha ambición literaria. Si trabajas mucho y con pasión y con astucia, esas cosas son totalmente compatibles.

Explicas lo mucho que odiaba Carmen Balcells a los editores “que editan” y la poca tradición en España de que los editores intervengan para mejorar los manuscritos. Una persona me dijo que te llamaban “Murillo Manostijeras”... Aprendí que el trabajo del editor era mucho más que ponerle las tapas a un manuscrito cuando trabajaba de radiofonista en Londres. En la BBC, 1969-70, y luego como corresponsal de Europa Press en esa ciudad hasta 1974, tuve la suerte de conocer escritores en lengua inglesa, de estar con ellos y su editor conversando en un pub, de ir conociendo editores y preguntando cómo trabajaban. Siendo escritor también, con peor o mejor fortuna, todos los autores que me lo han pedido, y muchos que no me lo pedían, han encontrado en mí a un editor que entendía un poco de eso, que podía analizar, señalar errores, guiarles en el intento de subsanarlos. Editar es cortar, pero también es analizar por qué una escena no funciona; por qué falta en la novela un personaje que haga de contrapunto... por decir tonterías. A veces un autor se contradice a sí mismo, le sale una novela desequilibrada, le falla la coherencia interna, que es lo que garantiza la eficacia literaria. Hay miles de detalles, de aspectos estructurales, de frase o incluso de adjetivación, que un editor con experiencia (aunque sería incapaz de escribir una obra como esa) puede ayudar a detectar como problema y ayudar a resolver, trabajando con el autor. Lo hizo muchísimos años Gary Fisketjon con Cormac McCarthy. Lo hizo muchísimos años Dan Franklin con Amis y Barnes y McEwan...

Como en otros asuntos que afloran en el libro hay en ti pulsiones enfrentadas. Lamentas que los escritores y agentes sean tan reacios al editor que propone cambios para reforzar el libro. Pero a la vez reconoces que Ray Loriga en *Héroes* no te hizo caso en absoluto y acertó de pleno. Tú también eres escritor (y editor, otra pulsión enfrentada): ¿el escritor ha de dejarse retocar o, como Loriga, ha de seguir tu instinto pese a quien pese?



Personaje secundario
Enrique Murillo
Trama
538 págs. 29 €.

Lo curioso es que el talento, cuando es auténtico, se crece ante la crítica. Gracias a lo que le dije a Ray, él, reaccionando a su modo (que es lo que debía hacer), fue e hizo todo lo contrario. Y, al estilizar más incluso su novela, al desnudarla de su "psicología", la convirtió en el primer gran libro literario de la nueva modernidad en los 1990. Tal vez, sin mi insistencia en que metiera más psicología, habría dejado la que ya había, y la novela habría sido menos pura y peor. Partimos de la base de que toda obra humana es perfectible. De que no está por ahí algún dios o algún ángel que habla en tu cerebro (asunto que roza la paranoia, y es peligrosa) y que, como escribiente de los dioses, nadie humano puede tocar ni una coma de lo que el autor inspirado ha escrito. Eso son paparruchas francesas. La correspondencia de Unselde con Brecht, como el trabajo de los editores en la novela inglesa, permiten mejorar los libros, y en los países anglosajones se hace ese trabajo en cada libro. Siendo como digo una actividad humana complejísima, la escritura de verdad, la que amplía lo que creemos que es el mundo y su percepción, es también totalmente humana. Y se puede perfeccionar. Prefiero el pragmatismo anglosajón, en el que me crie a partir de cierto momento como persona, lector y editor.



El libro es muy detallado y explicas las cosas de manera muy abierta y precisa. Sin embargo, sigue sin quedarme claro: ¿por qué siendo un editor de tanto bagaje y tanto éxito en sus decisiones has salido de manera expeditiva de varias editoriales? ¿Siempre han sido ellos los que se han equivocado?

¡Qué va! Fui despedido de Alfaguara de forma correcta, dada la escasa productividad financiera de mi trabajo. Ocurrir que me pidieron que fuera editor de *best sellers*, lo mismo que le pidieron a Toni Munné, despedido también, y mi antecesor. Como yo venía de cinco años en Plaza, sabía qué era eso de los *best sellers* de novela. Novelas de géneros y subgéneros, que se contratan por el nombre del autor, de tres en tres y por cantidades elevadas. Y que no amortizan ese coste del anticipo ni la traducción en sus ventas en formato *trade* (convencional), sino en bolsillo (*pocket mass market*), que en España solo hace bien Bertelsmann. A Planeta eso no le ha interesado nunca. No lo hacen bien RBA, ni el Grupo Anaya que, teniendo el libro de bolsillo de Alianza, no lo ha rentabilizado bien. Pero no me dieron apenas oportunidad de explicarlo.

¿Y en Plaza & Janés?

Ahí me despidieron con el libro *La Reina* vendiendo cientos de miles de ejemplares. ¿Un castigo por conseguir otro *best seller* y salvar de la quiebra y su venta a esa empresa? Permíteme que siga el consejo del abogado de asuntos relativos al derecho penal que leyó el manuscrito del libro, y lo deje aquí. Fue algo peor que injustificable. Tuvieron que pagarme un despido elevadísimo, sabían que no había motivo.

Y luego, Planeta...

En Planeta fue distinto. Acababan de arrinconar a mi jefa, y hubo algo de movimiento en el nivel de los altos ejecutivos cuando tomó el poder quien aún lo ocupa ahora, Jesús Badenes, que lleva más de veinticinco años en el cargo. Como por algunos exauctores míos y por asuntos del máster de edición he tenido que tratar con Jesús, más de una vez hemos comentado que mi despido fue inducido por alguien que lo que pretendía era echarlo a él y ocupar él su cargo. Y que, cuando supo que yo trataba personalmente con José Manuel Lara y José Creuheras de vez en cuando, decidió que yo le estorbaba en su carrera hacia la dirección general, y logró que me despidieran imaginando que entonces iba a ser él quien tratara con "la familia", por así decir. Nos hemos reído bastante hablando de aquel caballero que creyó encontrar el camino y fue despedido él al poco tiempo.

Si volvieras a empezar ¿cambiarías algo?

Es un tipo de pregunta que no me hago jamás. A partir de cierto momento, tras casi cincuenta años, y quince sin llegar a fin de mes ni cotizar en la Seguridad Social, tuve que abandonar "a contracor", si me permites emplear el expresivo término catalán, la edición. Y luego necesité mantener un nivel de ingresos alto porque si no, mi pensión hubiera sido ínfima. Trabajar unos diez años en muy diversas capacidades en Anagrama, siempre sin salario ni contrato, pesó mucho en mi vida laboral.

¿Ha valido la pena?

He vivido una vida extraordinaria, ganándomela por leer y otros trabajos vinculados a lo que desde muy pequeño fue mi pasión. No me he aburrido nunca. Ningún día mi trabajo ha sido igual que el anterior. En cierta ocasión, un periodista me preguntó: "Enrique, y tú que has estado tan arriba en edición, ¿por qué no has seguido medrando en las alturas como todos los demás?". Le respondí: "Es que a mí me gustan los libros". ●